

dirigidos por PP. lazaristas franceses, el de San Fablo, cuyos superiores son religiosos capuchinos venidos de Francia y España, y quizá pueda haber otros todavía que no hayamos tenido ocasion de conocer. Mas no por eso es ménos cierto que los seminarios eclesiásticos, sometidos como han estado á la influencia del gobierno, no han podido producir el fruto que era de esperar bajo otro régimen. Ni es ménos cierto que la accion del gobierno sobre ellos ha sido tan directa y eficaz, que un diocesano no se atrevia á ordenar que fuese obligatoria á los alumnos de su seminario la comunión pascual, « temiendo que el gobierno recibiese mal esta innovacion. » Pero ese gobierno parece penetrarse suficientemente del desórden que produce su conducta injustificable. Como si los males gravísimos que palpa horrorizasen ya al poder mismo que los ocasionó, el señor ministro del culto dice al parlamento en su memoria de 1856 : « La necesidad de educar sacerdotes dignos es cada dia mas urgente en todas las diócesis del imperio ; por consiguiente es indispensable establecer seminarios adecuados para aquel grande objeto. Mas debo advertiros, HH. señores, que un muro impenetrable debe levantarse, que separe á los jóvenes educandos de nuestros actuales sacerdotes (1). » Bastante significativas son estas palabras y ellas solas hacen ver en compendio males gravísimos y de infinita trascendencia para el pueblo, que pesan sobre toda la nacion. Esta no los lamentaria hoy, si sus hombres de Estado al deliberar

(1) Memoria da honor Seho. ministro do culto no parlamento, 1856.

no hubiesen extendido su mano mas allá de lo que es permitido á los poderes de la tierra.

Mas lamentable es todavia la situacion del clero regular que, floreciente ántes en el Brasil, tantos dias gloriosos dió á la Iglesia. El Benedictino, el Franciscano y el Carmelita son los únicos institutos que se conservan allí; pero del mismo modo que un grande edificio despues que el terremoto ha sacudido con violencia los fundamentos en que estriba. Considerando lo que hacen estos cuerpos en el estado de postracion en que se encuentran, vendremos en conocimiento de los inmensos servicios que á la religion y á la sociedad han prestado en los tiempos de su mayor gloria. Los Benedictinos, cuyo instituto abraza tanto el cultivo de la tierra como el de las ciencias, y que procura á los pueblos así la felicidad de la vida futura como el bienestar de la presente, conservan aun en las ciudades mas populosas del Brasil ciertos empleos que desempeñan con provecho de la nacion y con honor de su comunidad. Son profesores en los seminarios y en los liceos públicos; son bibliotecarios, y ejercen otros cargos relativos á la instruccion. En sus monasterios y en sus haciendas encuentran asilo seguro los pobres, los desvalidos é innumerables personas que, sin su auxilio, mendigarian el pan de cada dia y que merced á su proteccion ganan su subsistencia honrosamente. A tres mil llegaban las familias que vivian hace poco (1) á la sombra de los Benedictinos de Rio, y entre todas ascendian á mas de siete mil personas. Verdad es que una

(1) En 1856.

gran parte de estas son arrendatarios que pagan un cánon anual al monasterio; mas es tan módico, comparado con el que exigen á sus inquilinos otros propietarios que no son monjes, que puede decirse con verdad que los arrendatarios de éstos viven á expensas de los monasterios(1). De las otras congregaciones puede decirse que dan apenas señales de vida; sumamente diminutas en el número de sus individuos y sin elementos estos mismos para operar en su seno un movimiento que les restituya el espíritu primitivo, parecen resignadas á morir de consunción y divisar sin inquietarse el momento en que bajando á la tumba el último de los hermanos, su comunidad desaparezca totalmente. Buscando el origen de la decadencia de estos institutos, encontramos la mano inexorable de la revolucion introducida en los asilos de la virtud y operando trastornos en los lugares consagrados á la paz y á la inocencia. Estos institutos habian sido empleados con éxito en la instruccion de los infieles de ciertas provincias; y en la mayoría de sus individuos, nacida en Portugal, existian no pocos de conocida virtud y de gran saber. El gobierno, al proclamarse independiente de la metrópoli, en los primeros trasportes de furor revolucionario persiguió á los europeos sin distincion de personas ni de profesion. Las pasiones villanas de la plebe fueron azuzadas intencionalmente y diversas asonadas ocurridas en puntos tambien diversos del imperio mostraron á los europeos que su vida corria peligro entregada como se encontraba al furor del populacho. Una

(1) Mappa da congregação de S. Bento do imperio, etc., 1856.

gran parte de aquellos se vió obligada á abandonar el Brasil y con ella salieron los religiosos que con sus ejemplos y sus luces sostenian la disciplina de los monasterios. Este era el golpe mas recio que podian recibir los institutos religiosos y el que los precipitó á la desgracia y al abatimiento en que los vemos. Quien haya contemplado los suntuosos edificios levantados por las comunidades religiosas en casi todas las provincias del Brasil; quien, despues de atravesar montes espesos y llanuras desiertas, ha divisado un monasterio que en el fondo del valle ó en lo alto de la colina levanta su campanario como señal de refugio para el viajero fatigado, y quien haya penetrado por entre las ruinas á que están reducidos casi todos aquellos asilos de piedad, y meditado las ocupaciones y el espíritu de los hombres que tres siglos atras pusieron sus primeras piedras, no podrá ménos de bendecir su nombre que recuerda tantos beneficios dispensados allí mismo á la humanidad. Por nuestra parte, jamas olvidaremos las impresiones de admiracion y de tristeza que recibimos en San Bernardo. Despues de un viaje lleno de fatigas y en el que habíamos andado sin parar todo un dia y una noche, dirigiéndonos para San Pablo divisamos á lo lèjos el alto campanario de la antigua abadía de San Bernardo, en la provincia de Piratininga. Toda la poesía de los primitivos monjes se presentó entónces de golpe en nuestra imaginacion. Parecia que íbamos á experimentar dentro de los muros que divisábamos la sencillez encantadora de su trato, á oír sus palabras animadas de un acento inflamado por la caridad y á presenciar las ocupaciones de

su activa é inocente vida. Nuestro pecho creía haber de participar allí de los tiernos trasportes de su fervorosa contemplacion, concurrir á la gravedad devota y majestuosa de sus salmodias y disfrutar del silencio apacible de sus claustros... Mas todo era ilusion : penetrando en el recinto del monasterio no encontramos sino montones de ruinas que detenian el paso; ningun viviente racional habitaba las pocas celdas que se conservan contiguas á la iglesia; la voz de un sirviente que llamaba dando golpes en una de las puertas, sin ser escuchada por alguno, iba á perderse entre las bóvedas de los desplomados corredores, y una especie de murmullo que de vez en cuando resonaba en nuestros oidos, era producido por los ecos de nuestras propias voces. Fuémos forzosos esperar que amaneciese para procurar el alimento que necesitaban nuestras fuerzas debilitadas : así lo hicimos, en efecto, recostados sobre las piedras de un pórtico que atravesaron ántes mil viajeros para recibir el hospedaje de los monjes. Un pobre eclesiástico cuidaba la iglesia que fué del monasterio ; era párroco del lugar y su residencia no estaba distante de allí. Era aquel dia domingo de la Trinidad y mandó se nos abriese el templo para asistir á misa. Esto era lo que deseábamos principalmente; recursos de otra clase no encontramos á pesar de que estábamos bien provistos de dinero. ¡Cuántas circunstancias concurrían para que á nuestra vista fuesen mas y mas venerables las ruinas del monasterio de San Bernardo!

Otras causas contribuyeron todavía á la decadencia de las comunidades religiosas en el Brasil, y entre estas pon-

dremos como primera la influencia de autoridades extrañas á las que señala el derecho á cada instituto. El gobierno civil, los tribunales legos y la corona misma han intervenido con frecuencia en negocios claustrales, so pretexto de recursos de proteccion. Así el desórden que produce necesariamente la ingerencia de dos autoridades extrañas en una misma cosa, cundió dentro de los claustros. El gobierno, pretextando diversos motivos, ha legislado sobre las comunidades, ha prohibido admitir nuevos novicios á fin de que, no pudiendo aumentar el número de sus congregados, hayan de extinguirse precisamente; prohibióles trasladar religiosos de una casa á otra, para que disminuya el número escasísimo de los monasterios existentes y les prohibió, en fin, recibir religiosos de otras provincias, para alejarles aun por este camino toda esperanza de vida. Si á las comunidades se las hubiera dejado en libertad, el medio prohibido por la última disposicion habria podido salvarlas de la próxima ruina que las amenaza. Pero no se queria esto, y la extincion de las comunidades en el Brasil es un hecho que podemos considerar como consumado.

Los PP. Capuchinos fueron llamados por el gobierno para evangelizar los vastos territorios que la supresion de la Compañía dejó privados de toda clase de auxilios espirituales. Pueblos numerosos situados en las provincias que recorre el Marañon han recibido nuevamente misioneros; pero estos operarios nada son en proporcion de la mies que se les presenta. Sin embargo, mucho han hecho ya luchando en su empresa de evangelizar á los infieles con dificultades de todo género.

No podemos ménos de lamentar aquí una triste prueba de la inconsecuencia en que los hombres incurrimos cada dia. Expulsados los jesuitas de la Confederación Argentina por el dictador Rosas (1), pasaron al Brasil y establecieron misiones en Rio Grande y un colegio en Santa Catalina para la educacion de jóvenes. Todas las autoridades de ambos lugares no tardaron en informar al gobierno del imperio *del gran bien que recibian los pueblos donde la Compañía habia establecido aquellas casas*. Ese bien era además indudable desde que la juventud recibia luces y los pueblos doctrina de que ántes carecian. Mas, á pesar de todo, el gobierno se manifestó indiferente al bien de sus gobernados y nada hizo en favor de esos hombres verdaderamente benéficos. Esto sucedia cuando ese mismo gobierno en magníficos mensajes aseguraba á la nacion « que no omitia medio de ninguna especie, á fin de poner al alcance de todos los brasileños los bienes que produce la civilizacion. » Cuando esto se aseguraba, la Compañía emigraba de Santa Catalina, los estudiantes volvian á sus casas y los jesuitas marchaban á buscar en otro suelo la proteccion que no les dió el Brasil. Inconsecuencias son estas en que caen con frecuencia los gobiernos cuando mezclan con las propias convicciones los intereses y las preocupaciones ajenas, agitadas siempre en rededor de los tronos y bajo el solio de los que mandan. Los jesuitas no tenian las simpatías de los hombres influyentes en la marcha de los negocios públicos. Este es el motivo real por que sus servicios no fueron reconocidos por la corte en el Brasil.

(1) Año de 1840.

CAPÍTULO V

Esclavitud. — La legislacion portuguesa la admitió y sancionó en la época de la conquista. — Conducta de la Iglesia católica á este respecto. — Los misioneros del Brasil establecieron en el siglo décimosétimo lo que en el decimonono han procurado los ingleses. — Notable diferencia que existe en favor de la empresa de los primeros. — Vieira y sus trabajos por los indígenas. — Situacion actual de los esclavos. — Impresion dolorosa. — Los esclavos de la nacion. — *¿A qué han quedado reducidos los esfuerzos de la filantropía inglesa?* — Es necesario formar la opinion, pero sin imponerla. — Los liberales brasileños abogando por la esclavitud.

Nada debe afectar tanto al hombre como la invasion que de vez en cuando sufren sus derechos. No obstante, sobre todo el haz de la tierra encontramos reproducida una lucha obstinada en la que defienden unos su libertad y su honor, mientras combaten los otros por esclavizar á los que Dios hizo libres al sacarlos de la nada. Por uno de tantos extravios como sufre su naturaleza, ha querido lisonjearse el hombre estableciendo en su especie diferencias que Dios no quiso establecer. Como si la fortuna le concediese un título de superioridad sobre los otros, los desprecia á veces como á sus inferiores y á veces los trata como bestias. En Asia vemos al árabe, ese rey orgulloso